

LA LECCION MAS AMPLIA DE EFRAIN HUERTA

por Vicente Quirarte.

Cuando la vida de un poeta ha estado en consonancia perfecta con su obra, es difícil que la objetividad supere al cariño y a la admiración que despierta. Con todo, en el caso de Efraín Huerta, entre sus múltiples lecciones de congruencia, inconformidad, desenfado, acaso la más amplia, la que más habré de recordar, es la de habernos abierto los ojos a la ciudad de México, a ese espacio de rebelión que se padece, se conquista e, irremediabilmente, se ama. Fue, entre nosotros, el más joven, y la suya no fue sólo la ciudad nostálgica, la de la “negra plata de los veinte años”: del “imperio de la plaza Garibaldi”, de la comunión con los que tienen “en vez de corazón un perro enloquecido”, supo llevarnos a la tierna lubricidad de un Juárez-Loreto y al surgimiento de un Circuito Interior que no pudo —y no quiso— sepultar el espíritu de una ciudad que pocas veces ha sido amada tanto y por un poeta tan enorme. Sus mitologías fueron las cotidianas. Vivía en una calle con el nombre de Lope de Vega, otro gran amante blasfematorio, otro “cenital guerrero de la carnalidad” que en su pecado halló la penitencia gozosa. Las líneas generales de Sandra, la “cabellos de elote” del Juárez—Loreto, la dulcísima monja en el autobús neoyorquino, la inalcanzable Sofía Loren son nuestros actos mágicos de cada día, cuerdas que pulsamos cuando entendemos, como nos enseñó él, que la poesía y la vida constituyen una cópula indisoluble.

Mucho se repiten versos, poemas enteros de Huerta. Pocas veces se ha hablado de la importancia de un libro central no sólo en la obra de Huerta sino en toda la poesía mexicana moderna: *Los hombres del alba*. Antes de esos poemas, nadie había contado la ciudad con esa entrega, con esa autenticidad, con ese sentido solidario hacia la casta que ve en el alba arrabalera la única posibilidad de existencia digna. Pocas veces ha habido una voz más viril. una ternura más furiosa que la de ese poeta al que no podemos sino todavía imaginar en las primeras horas de la madrugada del brazo de una muchacha ebria que desconoce su propia ternura.

Indudablemente que existen en México poetas más puros, más cuidadosos, más calibrados. Pero no creo que haya otro cuyos versos existan tanto en labios y memoria de quienes conciben la poesía no como una evasión sino como una furiosa y definitiva entrada en la vida. Huerta no se hubiera sorprendido de saber que muchachos del Colegio de Ciencias y Humanidades recitaban de memoria poemas suyos en la madrugada del puente de Nonoalco, después de la borrachera y la convivencia con los teporochos en esa hora mineral donde sólo el alcohol nos mantiene vivos; tampoco que en *La Castellana*, la cantina en la que corrigió junto con Pablo Neruda el “Canto de Amor a Stalingrado”, un grupo de muchachos quiso colocar una placa ni que su poema “Avenida Juárez” sirvió como eje del espectáculo que presentaron los fotógrafos y pintores de “Peyote y la compañía”.

La única vez que lo ví, no pude decirle que mi primer conjunto de versos estaba dedicado a él. Pero esa única conversación con Efraín no ha terminado. Muchos de los poetas generación —Arturo Trejo, José Francisco Conde, Ricardo Castillo, Angel José Fernández—, continuaremos plagiando, viviendo versos y blasfemias memorables, y cuando marchemos por “la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán” —jamás Lázaro Cárdenas— “en la parte más honda y verde de la vieja ciudad”, o cuando una muchacha nos saque la cartera en la cotidiana refriega a bordo del delfín, o cuando miremos la maravilla de esos muslos rubios, elásticos y eternos de las adolescentes montando en bicicleta por las calles de Horacio, las fauces del más tierno cocodrilo volverán a abrirse para tragar la vida con esa integridad y esa limpieza que nunca se cansó de enseñarnos.